

que Dios se hubiese hecho poco menos que los Ángeles¹? Pues admírate ahora de verlo en un establo, y en un pesebre, y en cierto modo hecho menor que aun los mismos hombres. Señor, ó lo que se decia de tí, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado. ¿Quién, pregunto, te abatió así, ó buen Jesús? ¿quién te compelió á tantas calamidades? ¿quién desde la cumbre de tanta majestad te bajó á lo profundo de tanta humildad? Á saber aquella inmensa piedad y aquel amor ardentísimo de tu Iglesia, la cual erigiste con esta tan grande humildad, enriqueciste con esta tan grande pobreza, fortificaste con esta tan grande flaqueza, y ensalzaste á los gozos de la vida celestial con estas tus lágrimas y calamidades². ¿Quién, pues, te rasuró á tí, fortísimo Santo, te ató, te quitó tus fuerzas y te expuso á los tiros é injurias de tus enemigos, sino el amor impaciente de tu Dálila, esto es, de la Iglesia tu esposa? ¿Acaso no insinuó esto el Apóstol, cuando dijo³: Varones, amad vuestras mujeres como Cristo amó su Iglesia; y se entregó á sí mismo por ella para parársela gloriosa, y que no tuviera mancha ni arruga? Á la verdad que te cautivaste tanto del amor de esta espiritual hermosura, que no dudaste por ella no solo colocarte en un pesebre, pero ni aun de ser colocado en un patíbulo. Rectísimamente dijo un cierto: Amar y saber apenas aun á Dios se concede. No es, pues, de extrañar, el que se vuelva loco y enloquezca cualquiera que ama. Y siendo imposible el que Dios enloquezca, sin embargo, la eficacia suma de su amor lo impelió á hacer cosas tales, que los sábios del mundo reputarian locura y necesidad.

8. Y que esta fue la causa de una estupenda obra, el mismo Señor lo clama cuando dice⁴: De tal modo amó Dios al mundo, que dió su Hijo unigénito. Tambien lo clama el Apóstol diciendo⁵: Por su demasiada caridad con que nos amó Dios, envió á su Hijo, etc. Pues si en tanto amor nuestro se encendió aquella majestad soberana, ¿por qué no se inflamará nuestra caridad para con nuestro Dios? Si éramos tardos y perezosos en amar, ¿por qué lo hemos de ser en redamar? Pues si el Señor antes de haber demostrado á los hombres esta poderosa virtud y eficacia de su amor, y antes de haberles hecho un tan grande beneficio, tuvo tantos que veneraron su santo nombre, como fueron antiguamente muchos santos Patriarcas y Profetas, los cuales de buena gana y con mu-

¹ Psalm. viii. — ² Judic. xvi. — ³ Ephes. v. — ⁴ Joan. iii.

⁵ Ephes. ii.

cho gusto hubieran derramado la sangre por él, ¿qué es razon que hagamos nosotros despues de habernos mostrado una tan grande caridad en su advenimiento? Si el sol en el estío calienta tanto en la tierra estando en el cielo, ¿cómo la calentaría, si avecindándose entre nosotros bajase hasta la tierra? Pues si Cristo, verdadero sol de justicia, antes de venir á nosotros encendió tan poderosamente las mentes de muchos Santos; ¿cuánto, pregunto, deberá inflamar nuestras voluntades, despues que habiendo tomado carne se dignó venir á nosotros, y hacerse nuestro vecino? Porque si al presente no inflamara con mas vehemencia los ánimos de los mortales, de ningun modo diria él mismo¹: Fuego vine á poner en la tierra, ¿qué quiero, sino que se encienda?

9. Tenemos, pues, aquí, hermanos, un indicio grande de la caridad divina; tenemos un ejemplar de la humildad, de la pobreza, y lo que es mas, de toda la perfeccion evangélica. Porque desde este pesebre como desde una cátedra la sabiduría de Dios callando habla, y con su ejemplo enseña lo que despues predicará de palabra. Aprended, pues, aquí, hermanos, la humildad; aprended la mansedumbre; aprended la caridad; aprended la paciencia; aprended á amar y abrazar los trabajos, despreciar los deleites; y finalmente, aprended á menospreciar todo cuanto en este mundo tiene apariencias de bueno: viendo que así las repudia, y desprecia el Doctor sumo del orbe: porque, ¿qué otra cosa buscan los hombres del mundo, que las riquezas, las delicias y honores vanos del mundo? Luego lo que condena y reprueba este Maestro celestial, es lo que él mismo aprueba, y lo que este Maestro aprueba, el mundo lo condena. Elige de quién quieres ser discípulo. Ciertamente que eres discípulo de aquel, cuyas obras y dogmas sigues. Ruégoos, pues, encarecidamente, hermanos, que no permitais que un ejemplar tan precioso se ponga en vano ante vuestros ojos. Si cuando los caminos están todos llenos de nieve, teniendo uno que caminar por montes y sendas no sabidas, lograrse un conductor y guia ciertísima, á la verdad que no le perderia de vista, estaria siempre atento á él, no se apartaria de sus huellas, no fuera que extraviándose y apartándose de él diera en algun precipicio y en algun lugar áspero y desconocido. Pues todos cuantos vivimos en este mundo somos unos peregrinos y caminantes: como que aquí no tenemos ciudad permanente, sino que anhelamos y buscamos la venidera. Este camino es demasiado escabroso y lleno de hoyos y precipicios,

¹ Luc. xii.

por lo que muchos yerran por no saber el camino, y precipitados caen en el infierno. Tenemos nosotros un caudillo ó conductor segurísimo de este camino, á quien podemos seguir; esto es, á aquel que dice así ¹: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Del cual dice tambien el Profeta ²: Y tus ojos verán á tu preceptor, y tus oídos oirán la voz, que á tu espalda te avisa: este es el camino, anda en él, y no declines ni á la diestra, ni á la siniestra. Pues á este caudillo y preceptor sigámosle de vista y con el corazón, sigámosle é insistamos en sus huellas; resuenen en nuestro corazón, y oigamos sus voces; pongamos ante nuestros ojos sus ejemplos, y apartemos la vista de la blancura y candor de la nieve; esto es, del resplandor falaz de este mundo, no sea que ofusque la perspicacia de nuestra mente, y nos aparte del camino recto.

Segunda parte.

10. Pero apartando algun tanto los ojos del pesebre del Señor preguntemos á la misma Virgen, ¿por qué dejando de sus brazos á su amabilísimo Infante, lo reclinó y puso en un duro y vil pesebre? ¿Acaso no descansaria mas blanda y dignamente el tierno niño en el regazo purísimo de su Madre, que en tal pesebre? Mas ¿quién se atreverá á dudar de que esto tambien se hizo por inspiracion del Espíritu Santo? Nada pensaba, nada hacia aquella prudentísima Virgen, en que no fuera dirigida y no tuviera por autor á aquel mismo Espíritu divino, por cuya virtud y obumbracion habia concebido. Por inspiracion, pues, del mismo puso en el pesebre el pan de Ángeles, el cual sabia ciertamente que se habia hecho pan de jumentos. Porque el hombre por el pecado se comparó con los jumentos necios y se hizo semejante á ellos: y así aquel que habia venido por unos jumentos tales, se debió poner y colocar en el lugar propio de ellos, para que el mismo lugar tambien donde se colocaba, denotara la condicion de aquellos por cuya salud era enviado. Pues quitándose de su seno y regazo el Infante lo colocó en el pesebre, porque lo parió para nosotros; esto es, para unos jumentos insipientes, para nosotros lo crió y dió sus pechos, para que finalmente siendo ya adulto derramara por nosotros su sangre en la cruz. Ninguna otra cosa á la verdad insinuó el Profeta, cuando dijo ³: El párvulo nació para nosotros, y el Hijo se nos dió á nosotros. Dos veces repite la misma voz para que entiendas, hombre, que todo el misterio es tuyo, y que á tí y no á los Ánge-

¹ Joan. XIV. — ² Isai. XXX. — ³ Isai. IX.

les se hizo este tan grande beneficio. Con esta dignidad conviene tambien la significacion de su nombre. Llámase, pues, Manuel, que es lo mismo que «Dios con nosotros ¹.» De aquí es que en Ezequiel aquella ciudad, que es figura de la Iglesia, se llama «Dios con ella.» Ambas cosas pertenecen absolutamente á nosotros, séase que se diga ó «Dios con ella,» ó «Dios con nosotros.» Y de esto aparece que este Infante es y pertenece á nosotros, y de todos modos es nuestro. Oye, pues, ó hombre, y si hasta ahora no has podido persuadirte en tu ánimo el que ames á Dios, ¿por qué en adelante no lo amarás habiéndose de un nuevo modo hecho tuyo? Pues si porque te amas á tí, con el mismo amor amas todas tus cosas y que tocan á tí, porque amas tu viña, tu casa, tu caudal, tu criado, y lo que es mas tu perro y tus zapatos, porque son cosas tuyas, ¿por qué no amarás á tu Dios, á tu Criador, á tu Redentor, á tu Salvador, á tu Maestro, á tu Médico, á tu Sacerdote, tu Abogado, Mediador, Pastor, Bienhechor, Rey, Amigo finalmente y Hermano y Padre tuyo, y en una palabra todo tu bien? Ve, pues, con cuánto amor debes amar á aquel que con tanto derecho y por tantos títulos te empeña y pide tantos amores: con cuántos títulos y nombres es tuyo, aquel que se ha hecho todas tus cosas, y en el cual tienes todo cuanto puede desear la mente humana. Díle, pues, con el Profeta ²: Ciertamente ¿qué cosa hay para mí en el cielo, y qué cosa quise de tí sobre la tierra? Desfalleció mi carne y mi corazón, Dios de mis entrañas, y parte mia, Dios mio eternamente.

11. Veamos ya qué hace nuestro Infantillo puesto en el pesebre: no otra cosa que lo que en el himno se cantó: llora el Infante colocado en la estrechez del pesebre. De aquí es que él mismo puede proferir aquellas palabras del libro de la Sabiduría ³: Soy yo tambien mortal en la realidad y del linaje de aquel que se formó antes que yo. Y luego que nací, respiré el mismo aire comun, y caí en la misma tierra, y la primera voz la proferí semejante á todos llorando. Porque ninguno de los reyes tuvo otro principio en su nacimiento. Una misma es, pues, la entrada de toda la vida, y semejante la salida: ambas tristes, ambas lamentables; porque con lágrimas nace el hombre, y con trabajos vivimos, y con dolor morimos. Luego tambien el Señor del mundo, hecho mortal como nosotros, llora y derrama lágrimas en este tiempo como los otros mortales. Este llanto y lloro parecia á san Jerónimo que lo oia, cuando

¹ Isai. VII. — ² Psalm. LXXII. — ³ Sap. VII.

en cierta carta decia : Aquel pesebre en que llora el Infantillo , mas se ha de celebrar con el silencio que con un sermón y estilo bajo. ¿Por qué, pues, Señor Jesucristo, lloras? ¿por qué viertes lágrimas, cuando porque quisiste y fue tu gusto, padeciste todas estas molestias é incomodidades por nosotros? Lloras ciertamente no tus delitos, sino los nuestros, no tu destierro, sino el nuestro, no finalmente tu flaqueza, sino la nuestra. Cualquiera, pues, que oprimido con la pesada carga de los pecados, se vea abatir y sumergir á lo profundo, ponga ante tus ojos estas lágrimas y recobrará su ánimo y esperanzas del perdón. Porque ¿qué pecados no lavarán estas lágrimas? Pues vierte lágrimas, ó hombre, con el que las derrama por tí; llora con el que por tí llora; porque si á estas lágrimas juntas las tuyas, no hay duda que las lágrimas de este Infantillo clamen por tí, rueguen por tí y te alcancen el perdón del Señor de todos: las cuales aunque ya haya tiempo que pasaron, obran hoy los mismos efectos que obraron cuando se derramaron.

Tercera parte.

12. Pero respecto de que hemos visto la humildad del nacimiento del Señor, es razón que ya contemplemos su gloria. Porque no sin humildad nace el Hijo del Hombre, ni sin majestad nace el Hijo de Dios. *Los pastores, dice, estaban en la misma region velando y custodiando las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y hé aquí que el Ángel del Señor estuvo junto á ellos, y la claridad de Dios los rodeó y temieron con un temor grande. Y les dijo el Ángel: No queráis temer: porque ved que os evangelizo, ó anuncio un gozo grande, que será para todo el pueblo: porque para vosotros hoy ha nacido el Salvador, que es Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esto os será señal: encontraréis al Infante envuelto en pañales, y puesto en el pesebre.* En este lugar lo primero que se debe inquirir, es, con qué designio el nuncio celestial juntó la gloria tan grande de este Infante con una humildad tan profunda, que al mismo que predicaba Salvador, esto es, el Mesías prometido en la ley, lo anunciase puesto en un pesebre? Siendo muchas las cosas que en esta narracion pueden comentar y contemplar las almas piadosas, lo primero que á mí me ocurre es, que el mensajero prudentísimo que anunciaba á unos pastores este Infante, para que ellos fueran los primeros que le adoraran y predicaran, con estas palabras les quitó aquel miedo que fácilmente podría retardarlos este oficio de religion, y con su misma autoridad quitó y corroboró su flaqueza. Porque en su interior podrian decir

aquellos pastores rudos: ¿Cómo unos hombres abatidos como nosotros, rudos y toscos, en este traje vil y vestido despreciable nos atreveremos á entrar en el palacio de un Rey de quien los Profetas tienen anunciadas tantas y tan magníficas cosas, pues parecerá acaso que con la suciedad y manchas de nuestros tratamientos y vestidos afeamos y deshonoramos el resplandor del palacio brillante con la comitiva de los nobles y próceres? Pues este rudo y vano temor quitó en un todo el Ángel del Señor cuando al Infante lo anunció envuelto en pañales y puesto en un pesebre. ¿Quién habrá que tema acercarse á un Infante ligado con fajas, y recostado en el vil pesebre de unos jumentos? Con la misma idea y consejo me parece á mí que el evangelista san Juan vertió aquellas palabras de Zacarías de este modo: No quieras temer, hija de Sion; mira, tu rey viene para tí manso, sentado sobre una asna, etc. Porque como el nombre de rey se haga temible entre los hombres, y sea mayor el terror que ponga, que el amor en que inflame, y parezca que aparte de sí mas á los hombres que el que los atraiga, y este nuevo Rey llame á sí á todos, y á todos quiera proteger y fomentar bajo de sus alas como una gallina á sus polluelos; fue preciso y necesario quitarles el miedo que causaba el nombre de rey, para que así los hombres se acercaran á él con un ánimo confiado y alegre.

13. Hay aun en esta legacion angélica otra cosa mas recóndita, la cual debemos inquirir. Habia en aquel tiempo en la Judea reyes, sacerdotes y levitas, doctores de la ley, varones ilustres, nobles y príncipes, y sin embargo de esto á ninguno de ellos se enviaron los Ángeles, sino á unos pastores, esto es, á unos hombres de una ínfima y abatidísima condicion, que viviendo en las selvas entre las bestias, casi viven como ellas. Y á la verdad que cuando nace algun príncipe insigne, á quienes principalmente se destinan mensajeros que en diversos lugares anuncien este nacimiento, son aquellos que mas interesan y son mas beneficiados en esta nueva prole. Luego si el nacimiento de este nuevo Príncipe se anuncia á unos hombres abatidos, aparece ciertamente que á estos principalmente pertenece la gracia y beneficio de su nacimiento. Y si esto es así, luego los ricos y poderosos del siglo tienen motivo y fundamento de avergonzarse y temer. Porque si Natan profeta tuvo por una contumelia el que no le convidase Adonías, cuando tuvo aquel convite régio, ¿cuánto mas contumelioso será, que por orden y especial ordenacion de Dios sean los pastores los que principalmente se escogen, y los que son convidados para la comunión y partici-

pacion de este tan grande beneficio? ¿Qué dirémos, pues, aquí? Ninguna otra cosa sino la misma que oímos al mismo Señor¹: Confiésote y te alabo, Padre y Señor de cielo y tierra, porque escondiste estos misterios á los sábios y prudentes, y los revelaste á los párvulos. Párvulos en la realidad eran aquellos pastores á quienes primero eligió el Señor para revelarles los misterios de su divinidad. ¿Por qué motivo? Ninguna causa se señala sino aquella: Así Padre, porque de esta manera fue tu agrado. Esta causa debe ser bastante para nosotros, porque aquella voluntad es la primera é indefectible regla de toda equidad y verdad.

14. Sin embargo podemos señalar otras causas ó conveniencias de esta elección. Porque vemos que segun los oráculos de los Profetas principalmente se concede la gracia de la luz evangélica á los humildes. Porque así es como dice el Salvador²: Para el juicio vine yo á este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, esto es, aquellos que por su mucha soberbia les parece que ven y saben, se hagan ciegos. Y vemos que no pocas veces acaece, que cuanto mas ricos ó mas poderosos son los hombres, tanto mas se entumescen en su ánimo. Porque al modo que la levedad de las alas levanta las aves á lo alto; así tambien la gloria de las riquezas, el resplandor de la nobleza y extension del poder suelen alguna vez engrair á los hombres, de modo que olvidados de su flaqueza, se levantan á lo alto, y es rarísima (como dice san Bernardo) la humildad honrada ó ennoblecida. Y así como entre las comidas espléndidas y muchas riquezas pelagra la castidad y templanza; así le sucede á la humildad entre las honras y el poder. Porque la soberbia con mucha frecuencia se acredita entre estas cosas; y así debe aparecer menos extraño, si desampara la gracia aquellos en quienes tiene puesto su trono y domicilio la soberbia. Mas á los de una fortuna humilde y abatida, la condicion misma de su suerte en cierto modo los estimula y aficiona á la virtud de la humildad. Porque, como dice san Bernardo, la humillacion es el camino para la humildad: así tambien la humilde y baja fortuna prepara el camino para la misma virtud³.

15. Mas si alguno quiere indagar con mayor exactitud la causa de esto, á mí me parece que la principal es, que la profesion de la vida evangélica exhorta principalmente al amor de la pobreza, de la austeridad y de la humildad. Porque así como la prudencia de la carne se prenda principalmente de las riquezas, de los honores

¹ Matth. xi. — ² Joan. ix. — ³ Matth. xix.

y deleites; así por el contrario la filosofía cristiana induce principalmente á la pobreza, al propio desprecio y mortificacion de la carne: las cuales tres cosas no por afecto á la virtud, sino por la condicion de su abatida y baja fortuna se hallarán en los honores de una esfera y suerte ínfima. Porque la pobreza que los oprime, no les permite ni que se den á los deleites, ni que ostenten gloria. De aquí es, que con facilidad se pueden conformar estos con la pobreza evangélica, respecto de que su vida no es muy diferente de los estatutos evangélicos. Porque así como los elementos que los filósofos llaman símbolos, esto es, aquellos que convienen en una cualidad con mas facilidad, se trasmutan mutuamente; á este mismo modo con mas facilidad abrazan estos la vida evangélica, como mas cercana y próxima á su estado, que aquellos cuya fortuna les propone el seguimiento de otra vida diversa. Y así tambien como los labradóres suelen ingertar con mayor frecuencia y facilidad los árboles frutales con los silvestres, si tienen alguna conveniencia y semejanza entre sí; así claramente como la pobreza y austeridad evangélica tenga cierto como parentesco y semejanza con la pobreza y austeridad del siglo, no hay que extrañar si con mas facilidad se juntan y unen entre sí, y que la estéril é infructífera pobreza pueda pasar y trasmutarse en una pobreza y austeridad fructuosa. Esta doctrina en la realidad se puede confirmar fácilmente con ejemplos cotidianos. Porque aunque veamos que muchos hombres y mujeres muy ricos y muy nobles practican exactamente la virtud y piedad, sin embargo son muchos mas los hombres y mujeres de humilde y corta fortuna que vemos andar por esta carrera de la virtud y piedad. Porque á estos les es poco dificultoso el dejar todas las cosas, respecto de que es casi nada lo que tienen que dejar, y vivir una vida pobre, humilde y laboriosa, en la cual se criaron. Lo contrario sucede á aquellos que constituidos en una alta y superior fortuna, abundan y rebosan en riquezas, deleites y honras: á los cuales el renunciar todos sus haberes y seguir una vida pobre les es tanto mas arduo cuanto es dejar lo ya acostumbrado; y de un género de vida honrada y deliciosa pasar á una despreciada, humilde y austera. Esto vemos que sucedió á aquel mancebo del Evangelio, que habiendo oido al Señor, que debía renunciar todas sus riquezas y bienes el que aspirase á la perfeccion de la vida evangélica, recibió con tristeza este consejo del Señor, porque era mucho lo que tenia que dejar.

16. Añade á lo dicho otra causa de este divino consejo. Dios,

que es el hacedor del linaje humano, cuida diligentísimamente todo cuanto hizo y crió. Porque al pequeñuelo y al grande él los hizo, é igualmente cuida de todos ¹. Pues si de tal modo repartiera sus bienes, que á los que habia enriquecido mucho con los bienes externos, los enriqueciera tambien y llenara de bienes internos y espirituales, y á los que escaseó é hizo inferiores en los bienes de fortuna, les escaseara é hiciera tambien inferiores en los bienes de gracia, ciertamente que apareceria un repartidor no igual ni equitativo de sus bienes, ni de él se podria decir que tenia igual cuidado de todos. Pues para que una desigualdad semejante no se le atribuya, repartió sus bienes de modo, que sin abandonar ni desamparar de modo alguno á los ricos, con tal que sean humildes, sin embargo á aquellos con quienes fue menos liberal en los bienes terrenos, los colma frecuentemente de bienes espirituales. Justo y razon era que el Señor, que es el dispensador de todos los bienes, atendiera á los trabajos y miseria de los pobres, y extenuara y apocara el poder de los ricos. Si esto es así, justamente podemos clamar con san Bernardo: Consolaos, consolaos los que os criais entre las suciedades de la pobreza, porque en ella está Dios con vosotros. Eligió una madre pobre, unos pobres hermanos, una casa pobre y unos pobres pastores, á quienes anunció el misterio de su nacimiento, y unos pobres pescadores á quienes delegó y encomendó el ministerio de la predicacion evangélica. Pues qué, ¿piensas acaso que todos los ricos y poderosos se han de excluir de esta gracia? No por cierto, de ningun modo. Porque para ellos está abierto el camino. ¿Y cuál es? Si son nobles y poderosos, humíllense como unos párvulos, háganse humildes en sus ojos, para que sean grandes é ilustres en la presencia de Dios. Así, pues, David instruido en esta celestial filosofia, y entendiendo por qué camino encontraria abierta la entrada á la gracia, sometia y humillaba su ánimo diciendo ²: Custodiando el Señor á los párvulos me humillé y me libré. Tambien si son ricos, pórtense como pobres, considerando la flaqueza, miseria y fragilidad de la naturaleza humana, en la cual nada puede haber sublime, grande ni permanente. Este mismo era el ánimo del real Profeta, cuando decia ³: Yo soy un mendigo y un pobre, y el Señor está solcito y cuidadoso de mí. De este modo abátase el hombre poderoso, confórmese así con los humildes, y con su ánimo y consideracion bájese á la suerte de los hombres ínfimos. De esta manera el Señor, amador y custodia de los

¹ Sap. ix. — ² Psalm. cxiv. — ³ Psalm. xxxix.

párvulos, que miró con ojos de benignidad al rey Acab humillado, igualmente á él lo hará tambien por su piedad participante de la gracia evangélica. Quede esto dicho para los ricos y nobles.

17. Ahora ruego encarecidamente, y amonesto á toda suerte y condicion, estado y edad de hombres y mujeres, que con la mayor devocion de nuestra mente y ánimo celebremos, si no en cuanto debemos, á lo menos en cuanto pueda nuestra fragilidad, esta solemnidad tan grande, esta señal prodigiosa de la divina bondad y caridad, este incomparable beneficio de la redencion nuestra: celebrémosla, vuelvo á decir, no en comilonas ni embriagueces, no en juegos y diversiones, sino en piadosas oraciones, en alabanzas divinas, en accion de gracias, en un júbilo del corazon, en que no sola la mente, sino tambien el cuerpo craso y pesado se haga participante de esta tan grande alegría. Porque si Dios se anonadó y abatió en este dia por nosotros, de modo que parece sale como fuera de sí mismo, ¿cómo corresponde dignamente á la grandeza de este admirable beneficio aquel que de gozo y admiracion no sale fuera de sí? Mas yo bien veo cuán alejados estamos de la correspondencia y agradecimiento á este oficio, nosotros que nos parece haber satisfecho á esta solemnidad tan grande con soltar todas las riendas á los juegos, á las comilonas y á la alegría puramente carnal; de modo que nos puede cuadrar y se nos puede aplicar con razon aquel dicho del Profeta ¹: La citara, la lira y tambor, y el vino en vuestros convites, y no mirais la obra del Señor, ni considerais las hechuras de sus manos. Por esta causa, pues, hermanos míos, como poco antes he dicho, hoy acaso tenemos tantos motivos de llorar como de alegrarnos; porque cuanto es mas sublime el misterio y mayor el beneficio, tanto mas execrable es el vicio de un ánimo ingrato y desidioso. Por este título dice el Profeta ²: Multiplicaste la gente, mas no engrandeciste la alegría. Y siendo muchos los que han logrado su salvacion por este beneficio, no obstante habrá otros muchos, que despreciando voluntariamente la salud que se les ofrece, dan á la Iglesia materia no de alegría, sino de tristeza. Esforcémonos, pues, hermanos míos, por celebrar en la vida presente esta solemnidad con una tal prontitud de ánimo, con tal devocion y regocijo espiritual, que merezcamos en la vida venidera celebrarla eternamente con los bienaventurados: concediéndonoslo Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por infinitos siglos de los siglos. Amen.

¹ Isai. v. — ² Isai. ix.